

OBSERVACIONES SOBRE AVES DEL LITORAL PATAGONICO

Por PABLO KORSCHENEWSKI

Las Gaviotas cocineras (*Larus marinus*) son las que más abundan en el paraje denominado Punta Tombo, cerca de Puerto Madryn. Reciben ese nombre popular por perseguir a los barcos en el mar, devorando los desperdicios, generalmente de cocina, arrojados fuera de borda.

Aunque esparcidas en toda la periferia, tienen su barrio de preferencia en la mitad sureña de la zona. No obstante, sus nidos se ven a la par con los del Pingüino magallánico (*Spheniscus magellanicus*), y aún en los lugares menos esperados y habitados por otras aves del paraje, dentro y fuera de Punta Tombo.

Atrevidas y confiadas, estas Gaviotas construyen sus nidos casi junto a la entrada de las cuevas de los Pingüinos magallánicos, o sobre las matas que los recubren. También suelen hacerlo junto a las guaneras de los Biguaes (*Phalacrocorax albiventer*); o bien compartiendo la misma mata o arbusto con las Garzas blancas (*Egretta* sp.) que crecen entre las cuevas de los Pingüinos magallánicos. Otras veces se los encuentra en algún claro de arena entre el pedregullo, en la vecindad de los Ostreiros (*Haematopus* sp.).

Los nidos de estas Gaviotas son inconfundibles con los de otras especies. En su construcción emplean abundante algas verdes y marrones, formando una concavidad bastante pronunciada, donde la hembra deposita tres huevos, de tamaño mayor que los de gallinas, de cáscara muy fina y frágil. Aunque de tamaño siempre igual, la forma de estos huevos es muy variada. Inclusive en la misma nidada, siendo a veces ovalados, más o menos alargados, o con un extremo en punta. La coloración del fondo abarca todas las tonalidades de pardo verdoso, celeste, o marrón, moteado tupidamente, o casi sin pintas algunas. Los puntos y manchas, presentan los más variados tamaños, y son de tonalidades negras, marrón o parduscas, las que se concentran indistintamente hacia uno u otro de los extremos.

Algunos de estos huevos puede confundirse con los de la Gaviota parda (*Stercorarius skua*), por su coloración, pero es fácilmente reconocible por el nido, y la cantidad de la postura.

La postura de los huevos comienza generalmente a fines de octubre, y los primeros pichones nacen a fines de noviembre. Los pichones son de color gris claro con pintitas negras, y a los pocos días de nacer, corren por todas direcciones, y se aventuran a nadar en los charcos de agua de baja mar. Estos pichones, junto con los de los Pingüinos magallánicos, son los bocados predilectos de la Gaviota parda, que los persigue despiadadamente.

La Gaviota cocinera, aunque suele atentar algunas veces contra la propiedad ajena, comiendo los huevos de otras aves, es bastante inofensiva, ya que siendo omnívora, se contenta con cualquier bocado, sea cadáver de otra ave, o animal cualquiera muerto en el campo, restos de la comida regurgitada de los Biguaes, o simplemente se sirve en el inagotable comedor que le procura el mar diariamente, a lo largo de toda la costa, con los desperdicios que arrojan las mareas. Es un verdadero y activo sanitario de los campos, y de la zona costera, devorando toda la carroña que distinguen sus ávidos ojos, y que puede digerir su estómago.

Permanecen todo el año en la zona, siendo fácilmente reconocible por su coloración blanca con las alas negras, y por su gran tamaño. Sus patas membranosas, y su pico robusto, son de color amarillo algo verdoso. En el medio del pico tienen una mancha rojiza, muy característica de esta especie.

Al observar sus nidos, es aconsejable cubrir la cabeza, porque lo mismo que las Gaviotas del sur (*Leucophaeus scoresbii*), remontan vuelo cuando se acerca un intruso, al que atacan en masa con una lluvia de materia fecal y estruendosos gritos. Agotadas las "municiones" se termina también el entusiasmo, y, al tranquilizarse vuelven a sus nidos, sin dar mayor importancia al pacífico visitante.

Los jóvenes se diferencian de los adultos, conservando durante el transcurso de un año, su plumaje juvenil, blanco manchado tupidamente de pardo, presentando un aspecto sucio y descuidado. Recién en la temporada próxima obtendrán su mayoría de edad, vistiendo su nueva librea de reluciente blancura y alas negras.

Otro espectáculo interesante, es el que presentan la enorme colonia de gaviotines, en la playa arenosa de la costa norte, de la parte central de Punta Tombo. Se trata del Gaviotín de cola larga (*Sterna hirundinacea*), una de las aves más hermosa y elegante de estas costas, también llamada Golondrina de mar.

Enteramente blancas con reflejos grisáceos, su cabecita achatada es coronada con una mancha negra semejante a una boina vasca, y sus patitas y pico son rojo intenso. Sus alas finas y puntiagudas, junto con la cola larga y bifurcada, armonizan plenamente con el cuerpo esbelto y alargado. Tanto en el vuelo, como posadas en tierra, estas aves son toda elegancia y belleza que deleitan nuestra vista.

Estos Gaviotines son muy sociables, y ubican sus nidos, que son simples cavidades casi plana sobre la arena, casi tocándose, y resulta un verdadero problema caminar entre ellos, especialmente en la época en que han puesto sus tres pequeños huevitos, de tono mostaza salpicado de puntitos negros, que por su mimetismo resultan casi invisibles sobre la arena.

De lejos, la colonia se asemeja a una mancha de nieve que cubre la costa, percibiéndose un estridente griterío sin cesar. Cuando alguien intenta acercarse a los nidos, ese manto de nieve parece tomar vida, y remontando vuelo se dirige como una alfombra mágica, al encuentro del intruso. Un griterío ensordecedor y chillón llena los oídos, y a medida que se acerca, ese manto de millares de avecillas cubren el cielo encima del visitante, como un finísimo encaje que envuelve a uno, permaneciendo suspendido mientras se dirige al apostadero. Conduciéndose pacíficamente, los Gaviotines pronto se calman, y vuelven a posarse en sus nidos, permitiendo ser observados muy de cerca, pero el griterío continúa sin cesar.

Así como en el apostadero estos Gaviotines son muy sociables, también lo son en otros aspectos de su vida, como es la pesca colectiva, presentando un espectáculo de inteligencia sincronizada, al sorprendido espectador.

Al localizar desde lo alto de su vuelo, con su vista agudísima, algún cardumen de sardinas, se reúne toda la bandada rodeándolo. Mientras

una parte de la bandada se posa en el agua alrededor del cardumen, batiendo las alas frenéticamente y levantando un torbellino de espuma de agua en círculo, otras se lanzan en picadas sucesivas, apresando y engulléndose a los peces. Las zambullidoras apenas cobran las presas, remontan vuelo, dejando constantemente libre el claro de agua rodeado por las aves que baten el agua, donde están los peces asustados y apretujados del cardumen. Después de engullir algunos peces, las zambullidoras van a reemplazar a las batidoras, que a su vez remontan vuelo para zambullirse en picada, en procura del sabroso bocado. Así, turnándose constantemente, terminan con el cardumen, y se dispersan de nuevo, recorriendo las aguas transparentes en procura de otra presa.

La colonia grisácea de Gaviotín de cola larga, se ve manchada en muchas partes de blanco níveo, por gran número de individuos de algunas colonias de Gaviotín real (*Sterna maxima*) y de Gaviotín brasilero (*Sterna sandvicensis*). Lo curioso del caso es que los nidos del Gaviotín real, y los del Gaviotín brasilero, se encuentran entremezclados entre sí, sin orden ni distinción alguno, formando islotes de veinte a treinta familias, bien delimitados dentro del enorme y no menos compacto apostadero del Gaviotín de cola larga, sin admitir una sola familia de estos en su seno interior.

El Gaviotín brasilero se asemeja mucho al Gaviotín de cola larga, es algo menor en tamaño, y con el cuerpo enteramente blanco, con reflejos rosados en el pecho; la cola es notablemente más corta; y las alas tienen reflejos grises.

El Gaviotín real se destaca ante todo, por su tamaño, casi el doble del Gaviotín brasilero, y el blanco purísimo de todo su cuerpo. También lleva la clásica gorrita negra, la que se complementa con un largo copete del mismo tono, caído hacia atrás, como una coleta china.

Los nidos del Gaviotín real y del Gaviotín brasilero, tampoco tienen revestimiento alguno, siendo simples concavidades en la arena, pero los huevos se diferencian completamente por su colorido. Los huevos del Gaviotín brasilero son de color crema o grisáceo marfil con pintas negras o marrón obscuro, distribuidas parejo alrededor. Aunque del mismo tamaño, contrastan mucho con los oscuros huevos del Gaviotín de cola larga.

Los huevos del Gaviotín real, son casi el doble más grandes, pero variando mucho en la coloración del fondo, que es de tonalidades claras de gris, rosado, celeste verdoso, crema o marfil. También varía notablemente la pigmentación de las pintitas negras o marrón obscuro, distribuidas parejo en todo el huevo, o concentrada en una sola punta, o bien en forma de una corona únicamente.

La puesta de los huevos comienza a mediados de Noviembre, siendo los primeros los del Gaviotín brasilero, con dos huevos. Le sigue pocos días después el Gaviotín real, también con dos huevos, y finalmente el Gaviotín de cola larga, lo mismo con dos huevos.

En el mismo orden aparecen los pichones a fines de Diciembre. Muy parecidos entre sí, se diferencian claramente en el tono de fondo de su plumón natal, que es de tonalidad crema para el Gaviotín brasilero; blanco, para los polluelos del Gaviotín real; y grisáceo, para los pichones del Gaviotín de cola larga. Todos salpicados de puntitos negros.

Estas tres especies de Gaviotines se ausentan durante el invierno.

A lo largo de las crestas pedregosas que atraviesa todo el largo de Punta Tombo, nidifican en parejas aisladas, los Ostreros negros (*Haematopus ater*), hermosas aves enteramente negras, con largo y delgado pico color rojo, y patitas blancuzcas ligeramente rosadas. Sus silbidos prolongados son comunes en todas las costas patagónicas. Sus nidos se reconocen fácilmente por estar siempre adornados con trocitos desmenuzados de cholgas, mejillones, u otros bivalvos. Ponen dos huevos del tamaño como el de las gallinas domésticas, de color grisáceo con pintitas negras, generalmente a fines de Octubre.

También frecuentan estos lugares parejas de Ostreros de vientre blanco (*Haematopus ostralegus*), y el Ostrero pardo (*Haematopus leucopodus*). Permanecen todo el año, lo que hace suponer que también nidifiquen en esta región.

La punta rocosa de Punta Tombo es lugar preferido de la Paloma antártica (*Chionis alba*), que se ven en el lugar durante todo el año, pero sin haberse localizados sus nidos. Son aves enteramente blancas, con pico corto y robusto, de color amarillo. Muy mansas, se dejan observar a casi un metro de distancia.

Las Garzas blancas (*Egretta alba*), elegantes y graciosas, contribuyen notablemente al atractivo del conjunto faunístico de Punta Tombo. Actualmente la colonia ubicada en un abrupto cañadón en el flanco sur, es muy reducida. Sólo quedan unas pocas parejas, de lo que otrora fue una nutrida colonia, casi extinguida por los desaprensivos vándalos humanos, que son algunos de los veraneantes de la región.

Los nidos de estas aves, son verdaderas obras de arte, dignas de competir con las artísticas creaciones de nuestras bisabuelas. Parecen servilletas de encajes primorosamente entretejidas con los finos tallos de algas marinas, especialmente seleccionadas. Algunos están ubicados directamente sobre los peñascos del cañadón, otros sobre las raquíticas matas que lograron vegetar en el escarpado paraje. Tienen unos setenta centímetros de diámetro, y son completamente planos, entretejidos circularmente sobre la base hecha con ramitas secas, y colocadas en forma bastante suelta, lo que acentúa más aún al nido ese aspecto casi transparente, pero en conjunto la construcción es bastante sólida.

En el mes de Octubre ponen tres huevos, de color celeste claro, y del tamaño como los de gallina. La pareja se mantiene sumamente arisca, abandonando el nido, al percibir al extraño desde lejos, lo que concierne únicamente al animal llamado hombre, ya que los demás habitantes de Punta Tombo, son considerados sin cuidado. A tal extremo, que una Gaviota cocinera fue aceptada con su nido, sobre la misma mata, por una familia de Garza blanca; y en otro caso, dos parejas de Pingüinos se albergaron debajo el peñasco sobre el cual tenían su nido una pareja de Garza blanca.

A fines de Noviembre aparecen los pichones, hermosos y cómicos a la vez, con plumón blanco, pico grande de color amarillo, patitas largas, y grandes ojos. Comienza así el período de mayor actividad en el cañadón. Constantemente se ven volando a las Garzas, ocupadas en su tarea de procurar alimento para los pichones. El vuelo de las Garzas es muy característico, con el largo cuello doblado graciosamente en forma de "S", y las largas patas estiradas horizontalmente hacia atrás. Los padres se turnan en traer el alimento a los pichones, quedando uno de guardia.

Aprovechan estos descansos para acicalarse y exhibir su hermoso plumaje, abriendo a medias las alas, y sacudiéndolas con movimientos ondulantes.

Los jóvenes, aunque abandonan los nidos al volar, permanecen en la zona todo el año.

Alegando el conjunto, en todas partes se ven a los inquietos Chingolos (*Zonotrichia capensis australis*), revoloteando entre los matorrales y peñascos, o inspeccionando las cuevas de los Pingüinos sin temor, en procura de los insectos que parasitan a estas aves. Los mismos Pingüinos les facilitan la entrada en la cueva, e inclusive se apartan para descubrir a los insectos.

Los nidos de los Chingolos están en todas partes, escondidos entre el ramaje de las matas, algunos muy próximos a las entradas de las cuevas de los Pingüinos. Son muy abrigados, y hechos con ramitas secas, y su honda cavidad está revestida con abundante y suaves plumas, lana, y otros materiales blandos que recoge en el campo. Ponen tres o cuatro huevos, de color verdoso, tupidamente moteado con puntitos marrones.

También entre los matorrales abundan las Palomitas torcazas (*Zenaidura macroura*), cuyos nidos dejan perplejos al observador, por su precaria construcción, que consiste de algunas pocas pajitas o palitos secos, colocados sin mayor arte, sobre alguna rama. Ponen dos huevos blancos, que uno no logra imaginarse cómo pueden mantenerse en semejante nido.

El Pato vapor volador (*Tachyeres patagonicus*), suele nidificar entre las rocas de la costa, en la entrada de Punta Tombo. Construyen el nido con el plumón gris arrancado del propio pecho de sus dueños. Ponen cinco huevos robustos y alargados, de color crema, generalmente en el mes de Octubre. Cuando la hembra abandona el nido, cubre los huevos con el plumón suelto del mismo nido.

Merece la atención, la abundancia de Petrel gigante (*Macronectes giganteus*), que permanecen todo el año en la zona, especialmente en primavera, agrupados en la costa norte de Punta Tombo. En el mes de Noviembre de 1968, fue capturado uno en estado muy débil, al parecer enfermo, que tenía en el pecho una herida semicicatrizada, que pudo ser la causa de su debilidad. Lo interesante del caso es que llevaba en la pata izquierda un anillo de aluminio de "Fish and Wildlife Service - Washington, D.C. U.S.A. N° 528. 16757." Averiguaciones posteriores, comprobaron que fue anillado en Bird Island de Georgia del Sur, el día 20 de Febrero de 1963.

Punta Tombo es uno de los apostaderos más importantes del litoral patagónico de la fauna silvestre, especialmente marina. Requiere urgentes medidas de protección oficial y privada, para evitar su destrucción; como ya ha ocurrido con las colonias de Garza blanca, debido al incremento del progresivo turismo en la zona. La elefantería de Punta Norte, ya cuenta con el servicio de vigilancia oficial, pero Punta Tombo no tiene protección alguna. Es indispensable una acción colectiva de las entidades protectoras de la fauna silvestre del país, para lograr una protección urgente, segura y eficaz, del apostadero faunístico de Punta Tombo.